

BERNA GONZÁLEZ HARBOUR

VERANO EN ROJO

TODOS SABEN, TODOS CALLAN

LA NOVELA QUE HA INSPIRADO LA PELÍCULA

booket

Berna González Harbour

Verano en rojo



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Berna González Harbour

Representada por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2023

Depósito legal: B. 10.760-2023

ISBN: 978-84-233-6334-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El todoterreno dejó atrás la circunvalación, sorteó la gran rotonda con una gasolinera mal iluminada y enfiló impaciente hacia los primeros semáforos de la ciudad. Un badén le obligó a ralentizar de nuevo y volver a acelerar; otro más y el traqueteo despertó a su copiloto, sumergido desde hacía rato en el sueño profundo de la medianoche. En el tercero, un Ford Fiesta rebosante de adolescentes y música los adelantó entre risas, con las ventanas abiertas y sin la menor piedad hacia la amortiguación.

«Otros malditos cretinos», pensó, demasiado cansado como para dedicarles poco más que una fugaz mirada de desprecio.

Había conducido demasiadas horas y faltaba poco para dejar a su acompañante, para poner rumbo a su residencia, a su habitación, para quitarse la ropa y los zapatos polvorientos, para abrir los grifos, contener la respiración y sumergirse como siempre —treinta, cuarenta, cincuenta segundos, todos los que fuera capaz de soportar— bajo el agua de un baño helado que le apla-

cara los nervios antes de emerger de nuevo, de restablecer el flujo de oxígeno en la sangre y de recobrar paulatina pero ineludiblemente el pulso vital. Después cerraría los ojos entre las sábanas ásperas e intentaría dormir hasta que el despertador marcara el comienzo de un día diferente, al fin. El calor era abrasador desde junio y el aire acondicionado del coche solo acentuaba esa sensación agobiante de vivir bajo estado de excepción.

Rodeó pausadamente otra rotonda y, cuando apenas le faltaban unos metros para llegar a su destino, unas luces azuladas, unos coches policiales cruzados y unos focos lentos, rotatorios y mudos en la calle Arturo Soria le sobresaltaron, le hicieron pisar de nuevo el freno, aminorar la marcha, encauzarse por el único carril que quedaba disponible y avanzar despacio bajo la severa mirada de unos agentes que señalaban el paso con indicadores luminosos. Uno de ellos le dio el alto indiscutible con una mano mientras con la otra le indicaba el lado del arcén en el que debía aparcar. Y soplar.

Un calambre intenso, viejo conocido, le invadió súbitamente el vientre. Lo sufría siempre que la policía le paraba, como lo había sufrido de niño cuando le pillaban en falta, y hoy, a pesar de la edad y de intuir que el control era de tráfico, volvía a sentir ese hormigueo excitante, molesto y pueril. Solo la visión del Ford Fiesta unos metros más allá, con su conductor de acné en el rostro y gomina en el cabello soplando y ya sin música, le devolvió una cierta sensación de equilibrio, de que las cosas no iban a ir del todo mal si la policía había parado a esos críos. Pero que le pararan a él... La voz de su copiloto también le sobresaltó.

—¿Lo tenemos?

Él negó con la cabeza. El agente le indicaba ya que abriese la ventanilla y sus manos empezaron a temblar.

—¿Entonces no está aquí? —el copiloto insistió.

—La llave no funcionó. Lo siento —se disculpó.

El copiloto le miró con severidad. Su voz había sonado aún más grave al despertar molesto de un sueño interrumpido. Y el policía insistía con nudillos contundentes en la ventanilla.

—Lo siento. —Ahora también le temblaba la voz. Se frotó las manos sudorosas en las piernas.

—Tranquilízate y baja la ventanilla —ordenó su acompañante—. Por ahora es mejor así. Pero lo tendrás que arreglar. ¡Vamos!

Una vaharada de aire hirviendo penetró en el coche cuando al fin bajó la ventanilla. El agente que se dirigía a él era joven, muy joven, con un afeitado reciente que dejaba adivinar una barba despoblada y una barriga incipiente que el cinturón apretado no lograba disimular.

—Documentación, por favor.

Su voz era aguda y chocaba con toda la sensación de autoridad que le habían transmitido el uniforme, las sirenas, las luces en la oscuridad. Él se calló.

—Buenas noches, agente —habló el copiloto—. ¿Una noche complicada?

El policía se inclinó para inspeccionar el interior del X3, un BMW en el que, con suerte, podría pillar a un par de pijos cargados de coca y copas.

Pero lo que había en su interior no le pudo chocar más. Él era un cuarentón con aspecto de otra era: pantalón formal, camisa antigua, con todos los botones abrochados salvo el primero, que apenas dejaba asomar la nuez pronunciada en la garganta, el pelo ya cano muy

corto y gafas de pasta oscura. ¿Y el copiloto? No era al fin y al cabo más que un sacerdote muy anciano. Soñoliento y grueso, se veía recién despertado y abrazaba sobre su barriga un antiguo maletín de cuero desgastado y desbordado de muchos más papeles de los que podía contener. La densa sotana negra rematada en alzacuellos que vestía se antojaba imposible de encajar en una noche tan caliente. Y el grueso anillo que apretaba su anular derecho solo añadía pesadez a unas manos muy hinchadas.

Tendió al agente la documentación.

—Una noche complicada, sí. Con un partido como este, ya saben, noche de borracheras —se explicó el agente—. Pero no se apuren, es evidente que ustedes no han olido el alcohol ni de lejos.

—No desde la última misa —bromeó el copiloto, ahora en tono beatífico. Él trató de sonreír.

El partido. No recordaba siquiera de qué partido se trataba. El policía cogió los papeles y echó un vistazo al carné de conducir, con la foto aún más deslucida que el modelo real.

—Pueden continuar —zanjó—. Paramos a los coches al azar y les ha tocado, pero es obvio que no son ustedes delincuentes.

Tragó saliva, sintió su recorrido en la garganta —la nuez subiendo y bajando en torno al primer botón de la camisa—, y se despidió forzando una sonrisa nada convincente. Arrancó despacio y, mientras se alejaba, no pudo evitar mirar de reojo a los chicos del Ford Fiesta, para los que la fiesta verdaderamente había terminado. La sensación de que el mundo seguía girando medianamente en orden era algo, un poco tranquilizadora. Y en unos metros más alcanzó el número 1 de la calle Añastro, su destino.

Paró el motor. Bajó del coche para abrir la puerta al copiloto, que descendió con dificultad. Sus brazos apenas lograban abarcar el abultado maletín de cuero que sostenía y que también aprisionaba el plateado crucifijo de su pecho. Ya incorporado, con la sotana aún descolocada, el anciano sacerdote le miró y en tono imperativo dijo:

—Jesús cura a un poseso, ¿recuerdas? Está en San Mateo, en San Lucas y en San Marcos. Y todo lo demás no importa. —Y girando, corpulento, sin mediar palabra alguna más de despedida, desapareció en el interior del edificio, sede de la Conferencia Episcopal.

Al fin podía irse a descansar. Pero el desasosiego en el vientre seguía ahí amarrado con decidida terquedad.

Y otra vez, tampoco el baño helado en medio de la noche le iba a conseguir apaciguar.

1

María se acababa de sentar a desayunar y hojeaba la prensa con ganas, relajada tras una carrera en el pasillo verde, diez largos en la piscina, una larga ducha y un panorama de sábado al fin libre y con planes: paella familiar en la casa de Alcobendas a las tres, madre, hermanos, sobrinos, litros de café y todos a esperar a que dieran las nueve y comenzara el partido contra Paraguay. Estaba disfrutando del condenado Mundial. No hacía falta ser muy futbolero para compartir una expectación vibrante, nada contenida, una alegría simple y contagiosa que ilusionaba por igual —y sin que sirviera de precedente— a delincuentes y agentes. Había buen humor en el ambiente y eso era reparador. «España contiene el aliento ante los cuartos de final», «El país está en sus manos», «España fútbol club» eran los titulares en su mesa. Hasta los periódicos estaban amables y un aire de tregua dominaba esos días de verano y crispación. Porque, al fin y al cabo, ¿quién iba a rechazar una excusa para el buen humor en esos duros tiempos de crisis?

Apuró el café solo de su minúscula taza y se estaba recogiendo la melena aún mojada cuando el móvil empezó a vibrar junto al periódico. Pensó en su madre, pendiente de algún ingrediente de última hora o de que alguien recogiera a la abuela en Chamberí, y no precisamente ella en su moto, pero aún era temprano. Y la visión de la pantalla no pudo ser peor: 8800. La centralita.

—¿Comisaria Ruiz?

—Aquí estoy.

—Le paso a Esteban.

Mierda, pensó, hoy precisamente no.

—Jefa, ¿recuerdas que queríamos un buen caso para pasar el verano?

—Hombre, queríamos... Qué bestia eres. ¿A quién has matado?

—Es un chaval.

—¿Y?

—Un chaval que ha aparecido muerto.

—¿Y?

—Puede ser un menor.

—¿Y?

—Que se ha ahogado.

—¿Y? —María nunca había logrado corregir lo que llamaba el culebrón de Esteban: cuando su segundo tenía información, se hacía de rogar—. Hay muchos ahogados en verano.

—Pero no como este —escupió al fin—. Este se ha ahogado...

—Dispara ya.

—... en un estanque...

—Suéltalo todo...

—... a ochenta centímetros de profundidad.

A primera hora de la mañana, los miembros del servicio de limpieza del parque Juan Carlos I estaban repasando con desgana los bordes de la laguna, las áreas de matorrales y paseo cuando se produjo el hallazgo. Arrancaba el primer turno del sábado, responsable de eliminar los desechos, de supervisar el riego y de adecentar el parque antes de que llegaran las familias con sus cometas, sus bicis, sus balones, sus neveras portátiles y sus manteles de pícnic. Winston Enrique avanzaba recogiendo papeles aquí y allá con su uniforme naranja, su carro de limpieza, su pinganillo en la oreja y la mente puesta en una sola idea: no actuar ni demasiado rápido como para que le sobrara el tiempo ni demasiado despacio como para que se le acumulara lo más duro del trabajo en las horas de mayor calor. La mañana era fresca, el sol ya apuntaba maneras y la luz de Madrid le recordaba a esas horas la nítida claridad de Ecuador. Algún corredor solitario le sorprendía de tanto en tanto y hasta un airecillo tenue animaba la mañana generando leves ondulaciones sobre la superficie del agua. «No es un mal trabajo este al fin y al cabo —pensaba—: te permite limpiar con guantes y recoger la basura con largas tenacillas para evitar agacharse.» Así, fue recogiendo algún periódico abandonado, bolas de papel de aluminio que flotaban en el lago, un par de latas vacías o los trozos de pan que chocaban contra el borde, tal y como les habían ordenado.

—¿No dejamos a los peces el pan que les tira la gente?

—Ni hablar. Se retira todo o pronto tendremos ballenas en vez de carpas —les había dicho Manuel Perales, el director general.

Así que seleccionó el redeño de su equipo de limpieza y empezó a retirar los gruesos trozos de pan que los padres se empeñaban en arrojar a aquellas bocas avaras, ansiosas, que competían sin piedad por engordar, a mayor gloria de sus hijos.

—Acá se dejaron una panadería entera —se dijo en voz alta, distraído, calculando lo que costaba comprar en España una comida que ni él ni los que vivían con él hubieran desperdiciado jamás.

Pero esta vez era demasiado. Decenas de trozos inundaban el borde del lago ante la indiferencia de las carpas.

—¡Cómo puede haber tanto pan! —siguió pensando en voz alta—. Estos peces se volvieron exquisitos y ya lo desprecian.

Ensimismado, tardó en reparar en que algo no cuadraba en la rutina del parque. Y es que el tumulto de peces hambrientos no borboteaba esta vez en torno a ese pan que mejor habría estado en sopa o salmorejo, sino a otra cosa que atraía desde el fondo su atención. Winston Enrique dirigió su mirada, curioso, hacia el barullo que parecía hacer hervir el agua como una posición poderosa, y lo que vio le hizo temblar de la cabeza a los pies.

—¡Virgen del Cisne! Ven a mi socorro.

El batallón de carpas luchaba por abrirse paso en torno a algo inerte e indefinido a un par de metros del borde. Alargando todo lo que pudo el redeño para espantar a las fieras, el agente de limpieza logró empezar a atisbar el perfil de lo que había allí abajo. Una pierna humana se alzaba desde el fondo buscando salir a flote, como una lenta e involuntaria patada hacia la vida.

Los peces luchaban por abrirse paso.
Y había que buscar ayuda.

Cuando la comisaria Ruiz y el agente Esteban Vázquez llegaron al parque Juan Carlos I, el circo estaba montado. En un absurdo intento de sacar aún con vida un cuerpo que podía sumar muchas horas sumergido, los guardas del parque habían malogrado un escenario mudo que, bien observado, les debía estar hablando. Cinco ambulancias se arremolinaban en torno al estanque, en balde, mientras el director del parque, con una camisa ceñida de fiesta y pantalones Mexx, sin afeitado y con intenso olor a tabaco y whisky, intentaba atinar con alguna explicación.

—Disculpen, me acaban de avisar y estaba de fiesta.

María se ajustó los guantes y se inclinó para echar un primer vistazo al cadáver. Había salido de casa en vaqueros, camiseta blanca ajustada y sandalia plana pero, a pesar de sus esfuerzos por transmitir neutralidad en la ropa, sabía que nunca iba a evitar las miradas de los hombres eternamente sorprendidos ante una mujer policía, y una mujer muy atractiva. Y esquivó con desdén la mirada del director del parque, al que los vahos de la juerga que acababa de abandonar tenían aún confundido.

Los guardas habían colocado el cuerpo sin vida sobre la hierba húmeda y lo habían cubierto con un mantel viejo y descolorido que alguien había dejado olvidado. El mantel era pequeño y cuadrado, y estaba extendido en diagonal para intentar abarcar más superficie, pero los picos estirados con maña hasta cada extremo dejaban al descubierto unos pies de talla grande con calce-

tines bajos, por un lado, y el cabello corto, la frente, sienes y pómulos de lo que parecía un varón joven y alto, por otro. María miró el reloj. Nueve y veintitrés de la mañana, sábado. A pesar de los cadáveres que ya sumaba en su historia, sabía que ninguna experiencia es suficiente para escapar del asqueo que causa la visión de un cuerpo inerte, arrancado violentamente por voluntad propia o ajena del curso natural de la vida, y especialmente si se trataba de un joven, como parecía. Ella y Esteban se cruzaron la mirada e intercambiaron sin palabras, en solo un segundo, esa momentánea sensación de cansancio al encontrarse en el umbral entre su vida más o menos normal y el abismo inevitable de un caso terrible que empezaba y que nadie sabía durante cuánto tiempo, con cuánta energía y con qué resultados los iba a secuestrar. Era siempre un fugaz instante de pereza que, en décimas de segundo, se iba a convertir en entrega ante un asunto que, en otras décimas más, los iba a atrapar hasta el tuétano. Aquello iba a ser entretenido, sí, pero María no pudo dejar de echar un último vistazo mental y lleno de nostalgia anticipada al plan de paella y fútbol de su madre, símbolo de la normalidad recién y nuevamente abandonada.

María empezó a retirar el mantel por el extremo del rostro mientras todos los que rodeaban al muerto, como un solo colectivo que hubiera cobrado vida, y como siempre ocurría, se aproximaban y cerraban el círculo a la vez que se llevaban las manos a la cara para cubrirse nariz y boca. Aquel chaval debía de llevar unas cuantas horas muerto. Era ciertamente un varón joven, pelo muy corto, con la cara hinchada y la piel blanqueada por el agua del estanque. De nuevo como un todo, casi todos los allí presentes retrocedieron instintivamente un paso y apartaron

la vista con horror mientras intercambiaban miradas de espanto. Algunas partes de las mejillas, los labios y el cuello estaban desgarradas por mordiscos de los peces, que en su voracidad habían dejado pequeños jirones de carne o piel desprendidos. Igual que en los hombros y en los brazos, descubiertos por una camiseta Nike de tirantes que al menos le había protegido la mayor parte del torso y el estómago. Unos vaqueros cortos se habían encargado de salvarle la cadera y las piernas hasta la rodilla. María acabó de retirar la manta y los presentes, con el aliento contenido, aún tuvieron que afrontar la visión de un amasijo de músculos, tendones y nervios destrozados.

Las carpas se habían dado un espeluznante festín.

No habían dado las diez de la mañana cuando Teresa abrió los ojos, se desperezó y tanteó la mesita en busca del teléfono móvil. El intento de pulsar el asterisco y la flecha para desbloquear le salió mal, dormida como estaba, y el teléfono acabó resbalando en el estrecho espacio entre la cama y la mesa. Joder. Se incorporó, se levantó, se frotó los ojos y optó por ir al cuarto del niño para obtener información directa de su paradero. Su cama estaba tan impecable como ella la había dejado la mañana anterior, con sus sábanas ajustadas, la colcha estirada y la almohada embutida entre pared y dobléz con una precisión rectilínea. Era obvio que Samuel no había dormido en casa. Solo un pequeño cerco en la colcha, la guitarra eléctrica apoyada y un par de revistas indicaban que él había estado allí sentado, por la tarde, antes de salir de juerga. Y sin estudiar. Cierto que quedaba mucho hasta septiembre, pero...

Teresa abrió las ventanas para ventilar el cuarto,

aunque nadie hubiera respirado ahí desde ayer. De mal humor regresó a su habitación, separó la mesita de la cama, para lo cual antes tuvo que alejar una silla cargada de ropa y la tabla de planchar, y al fin recogió el móvil de ese rincón maldito, para proceder a encajarlo todo en su sitio otra vez. Estaba siempre deseando mudarse a un piso más grande, sabía que podía alcanzar a pagarlo, pero solo pensar en buscarlo, en vender este y sobre todo en la actitud de Samuel, un adolescente en pleno estallido de rebelión y capaz de cuestionar hasta la más mínima decisión de su madre, se quedaba sin energía para encararlo. Y entonces se contentaba con este apartamento de cuarenta metros cuadrados donde todo funcionaba solamente cuando cada cosa encontraba su sitio en el rompecabezas.

Esta vez sí, asterisco, flecha y el móvil estaba desbloqueado. «Tienes dos SMS.» Fue a ver el último, donde como siempre estaría la información válida, pero era un amasijo de letras al azar:

xrrmxxp1

Este chaval debía de haberse agarrado un buen pedo. Fue al primero:

llgr trde mma, ntrpcps.bss

Tan sencillo. Apenas un par de vocales había merecido la lista de consonantes apretadas que este memo entendía como un mensaje suficiente para su propia madre. «Llgr trde mma, ntrpcps. Bss». «Llegaré tarde mamá. No te preocupes», significaba todo eso. ¿Era un consejo, lo de no te preocupes, o una orden? ¿No era

acaso una instrucción precisa ante una realidad que debía aceptar sin inmutarse? El cabreo le fue invadiendo el cuerpo, prendió un cigarrillo y puso rumbo a los fogones para encender la cafetera. Mientras esperaba el borboteo y ese aroma salvador que pronto iba a inundar el piso, se entretuvo en el espejo del aparador. Por muy rubias y recientes que fueran, las greñas en que se había convertido el peinado que le había hecho la peluquera iban a ser difíciles de corregir. Michelinés incipientes luchaban por abrirse paso y reconquistar el territorio perdido a base de gimnasio y alguna liposucción, por qué no reconocerlo, pero en términos generales no estaba mal. Le sobraban siempre unos kilos de más, pero había conocido tiempos peores, de talla 44 y hasta 46 en los años del divorcio, cuando comer con ansiedad y languidecer en el piso mientras cuidaba obsesivamente a Samuel se había convertido en rutina. Ahora estaba harta y, por más que le adorara y se desesperara, en realidad estaba deseando que acabara de crecer, de estudiar, de espabilar.

Hubo un momento, hacía no mucho, en que él amenazaba con irse con su padre si ella seguía «acosándole y violando su intimidad», decía ese mocoso, porque ella le pilló hachís en la mochila. Ella reulaba entonces llorosa, le rogaba que se quedara y aquellas discusiones acababan de forma surrealista: él, pillado *in fraganti* a los quince años con droga, era el ofendido que aceptaba perdonar y convivir; y ella, que le había descubierto en falta, le pedía disculpas por registrarle sus cosas y celebraba que él se quedara con ella. Si eso ocurriera ahora, pensaba hoy, otro gallo cantaría.

Mientras el primer café iba reparando un poco el mal despertar, Teresa volvió a mirar el móvil. El primer

mensaje era de la una y diez de la madrugada, hoy, sábado 3 de julio. Y el último, el revoltijo de letras caprichosas que había resultado de algún apretón al móvil sin bloquear, de la una y cincuenta y tres. Y ahora se daba cuenta. Entre uno y otro, ocho llamadas perdidas. A saber dónde ha dejado el móvil el gilipollas; debía haber estado bailando encima de él.

Drenar el lago era urgente y para acelerar iban a movilizar los sistemas de bombeo de la policía. De las carpas, que habían vuelto a interesarse por el pan, indiferentes al jaleo de la zona, se iba a encargar el diligente director Perales.

—Ya íbamos a proceder en unos días al vaciado total. Arrancaremos mañana y así lo adelantaremos.

—Más bien ya hemos arrancado —atajó María Ruiz, mientras señalaba el camino de acceso al estanque—. La Policía del Subsuelo ya está aquí. Y la Científica, en camino.

Un primer examen del cadáver arrojaba más preguntas que respuestas. Salvados los primeros instantes de grima, precintada la zona más inmediata y con los demás agentes, personal del parque y curiosos ya dispersos por alrededor, María y Esteban se empezaron a centrar en los detalles. No había cartera ni documentación en los bolsillos y, según la versión apresurada que les habían dado sobre el hallazgo, el cuerpo había estado firmemente agarrado al fondo por la mitad superior. Algo atenazaba la cabeza y el torso hasta la cintura, y solo la pierna izquierda estaba suelta y tendía a flotar. La derecha no había sido difícil de liberar. Los dos guardas jurados que se habían echado al lago para sacarle,

ahora empapados pero ufanos de un relato que dibujaban heroico, describían cómo les había costado arrancar el cuerpo de alguna especie de atadura que lo retenía en el fondo. María y Esteban sabían perfectamente en qué pensaban al intercambiar una mirada rápida: estos inútiles tal vez han destrozado el escenario de un crimen, pero no hubo reproche ante la diligencia de un par de privados que, al fin y al cabo, solo habían visto la oportunidad de un poco de protagonismo en su rutina habitual de guardias de hasta veinte horas en un uniforme sin prestigio a novecientos euros al mes. Mientras ambos hablaban y repetían una y otra vez su actuación, enriqueciéndola cada vez más con más florituras y nuevos detalles, echaban la vista a Esteban y María, pero sobre todo a Esteban, en busca de esa aprobación masculina con rango de Policía Nacional. Los dos habían tenido que tirar fuertemente del cuerpo, cubiertos hasta la cintura por el agua del estanque hasta lograr liberarlo. Par de zoquetes.

Pero, después de todo, aquello que había retenido al cuerpo en el fondo tenía que seguir allí. Y por más que exhibieran su voracidad, era hartamente improbable que los peces también hubieran devorado las pruebas.